

Romero: ¿Protegido por el Destino?

Por A. W. Maldonado

Políticamente, el gobernador Romero Barceha ha tenido lo que en inglés se llama un "charmed life". Traducido al español esto significa:

"Tener la suerte de salvarse siempre; escapar de todos los peligros; estar protegido por el destino..."

Los observadores de la política puertorriqueña, de todos los partidos, nunca dejan de sorprenderse al ver cómo Romero se mete atrevidamente en las más difíciles situaciones, y siempre ocurre algo para "salvarlo".

En 1968, Romero comenzó su carrera política como candidato a alcalde haciendo promesas que eran, claramente, absurdas. La más famosa, por supuesto, fue su promesa de construir el "túnel de San Juan a Cataño". Se pensaría que un político que hiciera promesas tan irreales no tendría futuro alguno. Pero Romero ganó la alcaldía abrumadoramente.

Tuvo suerte. Ese fue el año en que el Partido Popular se dividió y perdió las elecciones. Además, fue el año que Jorge Font Saldaña fue candidato a la alcaldía de San Juan, remplazando a doña Felisa Rincón. Y Font Saldaña no fue un candidato efectivo.

En 1972, Romero sobrevivió la derrota del Partido Nuevo, si bien apretadamente. El candidato del PPD para San Juan lo había sido Arrarás, un político carismático pero débil en organización política. Una mejor organización hubiera derrotado a Romero. Una vez más, tuvo suerte.

En 1976, Romero ya había tomado el control total del Partido Nuevo y fue su candidato a gobernador.

Su record como alcalde había sido malo. Romero había convertido el gobierno municipal en una gigantesca y costosa maquinaria política. Felisa también había manejado a San Juan como una maquinaria política, pero ella nunca tuvo aspiraciones a la gobernación. Su maquinaria era exclusivamente en San Juan. Pero Romero usó San Juan, y su presupuesto, para crear su maquinaria en todo Puerto Rico. Felisa había hecho muchas obras; le había dado a San Juan mucha política, pero también buen gobierno. Romero mucha política, pocas obras, mala administración.

Romero dejó el Gobierno de San Juan prácticamente en la ruina económica. Ni el Contralor de Puerto Rico pudo cuadrar las cuentas del municipio. Había un gran déficit, producto básicamente

del número de personas que Romero había colocado en la nómina municipal. Romero dejó a San Juan casi sin camiones para recoger la basura —ciertamente el servicio más importante del Gobierno municipal. Su contrato con la Orbital, lleno de favoritismo político, había sido un desastre para la ciudad.

Y Romero condujo su campaña para gobernador como lo había hecho para alcalde —haciendo toda clase de promesas imposibles de cumplir. Acusaba a Hernández Colón de ser responsable de la recesión en Puerto Rico, cuando no podía ser más evidente que la recesión era mundial, afectaba grandemente a Estados Unidos, era provocada mayormente por el aumento brutal en el costo del petróleo.

Parecía que tal campaña sencillamente no podía tener éxito. Nuevamente, Romero tuvo suerte. El pueblo votó en protesta contra la recesión, la gran inflación. Romero ganó la gobernación y el PNP el control de la Legislatura y de casi todos los municipios importantes.

"...puede ser, sin embargo, que la magia haya terminado".

1980. Han sido tres años terribles para Romero. No ha cumplido la gran mayoría de sus promesas, incluyendo su promesas claves de campaña —vender las Navieras y la Telefónica. Su administración ha sido estremecida repetidamente por escándalos, por renunciaciones, por despidos. Los ayudantes de La Fortaleza han entrado y salido como por una puerta giratoria. Cerro Maravilla, su actitud hacia la bandera y el himno de Puerto Rico en los Juegos Panamericanos, el abucheo, Sagardía, sus planillas de "income tax".

Cualquiera diría que Romero, después de tres años de tantos problemas, y tantas controversias, y de tan poca obra de gobierno, estaría políticamente muerto. Que estaría tratando de sobrevivir un año más antes de salir de La Fortaleza.

Pero, aparentemente, encuestas de ambos partidos indican que si hubiera unas elecciones hoy, Romero sería reelecto. El liderato de su propio partido, que tantas veces se asombra de

lo atrevido y arriesgado que es Romero, está seguro de que va a ganar. Y la razón que prácticamente todos dan es que "no hay oposición".

Tiene suerte Romero.

Por supuesto, no es solamente suerte. Romero hace política con la intensidad, el impulso, del fanático. Es incansable. Por un lado, hace política directa con el pueblo, día y noche, semana tras semana, año tras año. Y por otro lado, hace política utilizando el miedo, la intimidación, la persecución. Una combinación efectiva.

Pero también ha tenido una especie de magia. Se lanza al mismo medio del campo de batalla, pero las bombas y las balas no lo tocan. "A charmed life"... "protegido por el destino..."

Puede ser, sin embargo, que la magia haya terminado. Puede ser que finalmente tenga que pagar el precio de la osadía.

Claramente, una de las cosas más atrevidas que Romero ha tratado de hacer —y que parecía haberlo logrado— ha sido ir a Estados Unidos con dos trajes —uno del Partido Republicano y otro del Partido Demócrata. Controlar en Puerto Rico ambos comités.

Ahora aparentemente Romero se ha salvado de nuevo. Ha logrado su fin de sacar a López como jefe de campaña de Carter en Puerto Rico pero su persecución a Franklin Delano López ha sido tan exagerada que se ha proyectado al pueblo como una obsesión casi irracional. No puede ser más evidente que mientras más persiguió a López, más lo elevó. Lo convirtió en un mártir.

Parece evidente también que Romero al destruir a López le ha hecho grave daño a su imagen en Estados Unidos. Los republicanos americanos no pueden confiar en él, la gente del presidente Carter tampoco; ya la gente de Kennedy lo descartó. Como Gobernador y "hombre fuerte" de Puerto Rico, los políticos de Estados Unidos lo respetarán. Carter ha tenido que descartar a López para aplacar a Romero. Pero el resultado de tratar de ser republicano y demócrata a la vez es que Romero ha perdido credibilidad en ambos partidos nacionales.

Después de tantos años de una carrera política tan arriesgada, entra en juego el factor acumulativo. Entra en juego esa misteriosa Ley de Probabilidades. Romero se ha lanzado ahora al campo de batalla de la política nacional. Tarde o temprano, en la vida de un Napoleón, como en la vida de todo ser humano común y corriente, se acaba la suerte.